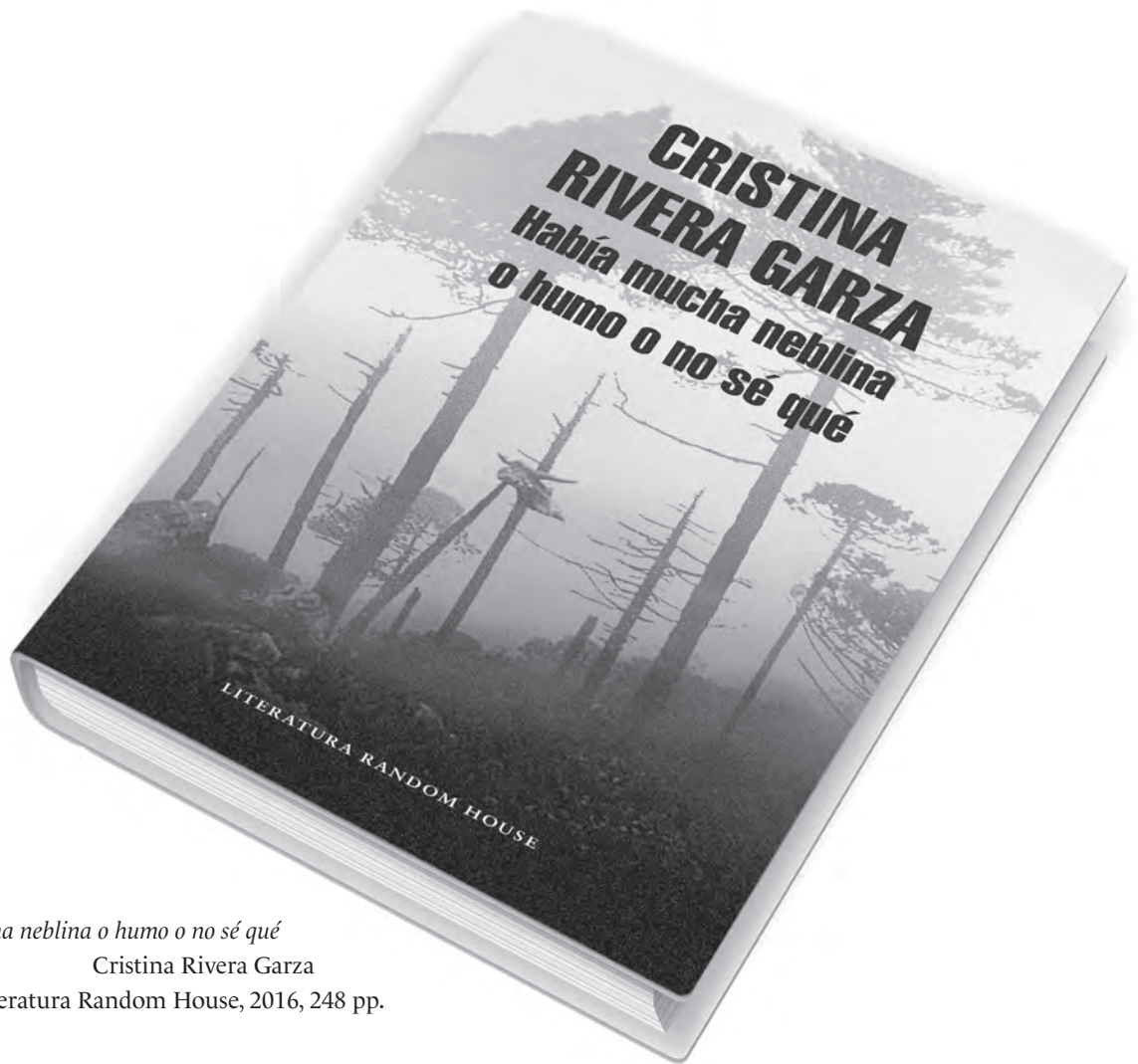


# Un Rulfo nuestro, el de cada quién *Había mucha neblina o humo o no sé qué,* de Cristina Rivera Garza

Nora de la Cruz

A TIEMPO PARA CELEBRAR EL CENTENARIO, pero al margen del homenaje oficial, Cristina Rivera Garza entrega un libro híbrido, experimental, en congruencia con sus obras más recientes y los intereses abordados en ellas. *Había mucha neblina o humo o no sé qué* es una exploración en torno al autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*, en sentido estricto. No se trata de la perspectiva teórica y distante, o de la observación científica y mediada; es, en cambio, una inmersión subjetiva en ciertos aspectos de la vida y la obra de Rulfo: se releen sus textos, pero también se reescriben y se reinterpretan; se observan las condiciones en las cuales se produjeron, con qué materiales, y se interactúa con ellos; se siguen los pasos del autor por los caminos que recorrió, en busca de su percepción posible, para ver lo que vio, para intuir sus sensaciones, como si acerca de su objeto de estudio la autora dijera, igual que el personaje rulfiano, “lo que yo quiero de él es su cuerpo”.

El título del libro es una cita de *Pedro Páramo*, que corresponde a la manera en la que Miguel explica cómo fue que perdió el camino de regreso a Contla; en realidad, alude a su condición de muerto y la imposibilidad de acceder a un mundo al que ya no pertenece. Este carácter liminal de la literatura rulfiana —entre la vida y la muerte, el pasado y el progreso, lo masculino y lo femenino, la tradición y la vanguardia— acompaña muy bien las búsquedas de Cristina Rivera Garza, quien desde hace algún tiempo está interesada en esas fronteras y algunas otras, como las que existen entre los géneros textuales, entre la creación individual y la comunal, entre la idea (el concepto,



*Había mucha neblina o humo o no sé qué*  
Cristina Rivera Garza  
México, Literatura Random House, 2016, 248 pp.

el precepto, el dato) y la materia (el cuerpo, la realidad física, la percepción). La conjunción entre los dos autores resulta armoniosa, orgánica, lo cual no siempre sucede cuando un autor escribe sobre otro, sobre todo si la única razón que tiene para hacerlo es la efeméride. Este no es el caso: en una breve introducción, la autora explica su relación con la obra de Rulfo y la aproximación que realiza en el libro, que es triple, podría decirse: la que recupera las coordenadas de su identidad como individuo mediante el análisis de materiales de archivo; la que viaja por los lugares que él recorrió y se convirtieron en referentes para sus relatos y, finalmente, la que interpreta y reescribe la obra propiamente dicha. Es, sí, un libro sobre Juan Rulfo, pero también es una elaboración en torno a la creación literaria y al concepto de autor como sujeto histórico y como instancia del lenguaje, en tensión permanente entre la tradición y la renovación. En este sentido, este libro se relaciona con otras obras recientes de Rivera Garza, concretamente con su ensayo *Los muertos indóciles* y, en lo formal, con algunos aspectos de *Viriditas* y *El disco de Newton*.

*Había mucha neblina o humo o no sé qué* está compuesto por seis secciones, diversas pero complementarias. La primera de ellas, “Prometerlo todo”, combina el relato histórico con la ficción para abordar las implicaciones del recorrido

que hizo Juan Rulfo de Ciudad Juárez hasta el Ocotil, repartiendo la guía turística de la Goodrich-Euzkadi, así como sus dilemas morales como “capataz” de obreros en esa misma compañía. Juan N. Pérez V. padeció, como todo individuo moderno, la alienación del sistema económico, quiso huir de sus empleos y se entrenaba a sí mismo en la “humildad”; esta sección explora la relación de Rulfo con el trabajo, el suyo y el de los otros, y cómo haber emigrado del campo a la ciudad para ser testigo de la explotación industrial influyó en su visión y, por tanto, en su literatura. De manera semejante, la tercera sección, “*Angelus Novus* sobre el Papaloapan”, se encuentra la idea que anima el libro en general: la revisión de las influencias “no estrictamente literarias” del escritor, entre ellas sus empleos, sus viajes y sus experiencias corporales, en este caso como asesor y fotógrafo de la Comisión del Papaloapan. Esta sección puede ser una de las más incómodas para los vigilantes del legado de Rulfo, pues presenta la participación ambigua que tuvo el autor en el desalojo de comunidades de chinantecos y mazatecos del valle de Soyaltepec. Así, ya no se trata de la figura intocable, sino de un sujeto histórico, testigo y agente del proceso modernizador. Uno de los segmentos más interesantes de este capítulo es el que muestra las imágenes de archivo, fotografías tomadas por el jalisciense que han sido exhibidas como obras de arte innumerables veces, pero que con sus pies de foto originales cobran otro sentido y tienen otro efecto en nosotros. Este comentario de la participación de Rulfo en la Comisión, con las contradicciones y dilemas inherentes, dista mucho de los acercamientos a otros autores, que buscan esconder, minimizar o justificar algunas de sus decisiones, sobre todo las políticas. Sin embargo, Cristina Rivera Garza, en su intento por comprender al escritor, lo acerca a nosotros, y amplía nuestra visión de su tiempo y su obra, lo cual es uno de los mayores aciertos del libro.

En ese sentido, aunque enfocados por completo en lo artístico, funcionan también las secciones “El experimentalista” y “Mi pornografía. Mi cielo. Mi danza estelar”. La primera, la más entrañable, muestra al Rulfo migrante y creador, artista interdisciplinar a decir de Rivera Garza, al lector interesado por la literatura nórdica más que por las novedades, el caminante y alpinista aficionado y al autor interesado en “construir la atmósfera y borrar la

moraleja”. Es un acercamiento a la poética rulfiana, mientras que la otra es una incursión no desprovista de riesgos en la reescritura, o la escritura de textos de ficción a partir de algunos motivos o frases extraídas de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Se trata de la sección más lúdica del libro, aunque incluye puntualizaciones interesantes acerca de ciertos aspectos de los relatos del autor, enfocados sobre todo en su representación de la mujer, del deseo femenino y del género, adelantadas para su tiempo. A decir de Rivera Garza, Rulfo es el pionero en aludir a la menstruación en la literatura mexicana. Ese sería otro paralelismo interesante, de los muchos que guarda *Pedro Páramo* con *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, escrita en Berna a principios de los años cincuenta: en ella se habla del Güero Mónico que baja cada luna y le da a las mujeres un mordisco entre las piernas, “ya vas a ver qué chorre-río de sangre”. La novela de Garro, sin embargo, se publicaría en 1963, por lo que la primicia seguirá siendo de Rulfo.

Por si quedara duda de lo subjetivo de la aproximación de Cristina Rivera Garza a su tema, *Había mucha neblina o humo o no sé qué* termina con dos crónicas de viaje, ubicadas en Oaxaca. La primera, “Luvinitas”, muestra el pueblo oaxaqueño que inspiró uno de los cuentos más famosos de Juan Rulfo, pero también a los migrantes que, al formar comunidad en Los Ángeles, han extendido el pueblo más allá del territorio. La segunda narra el ascenso a una montaña, el Zempoaltépetl, replicando el recorrido que realizara el autor en su día, pero en el caso de Rivera Garza como parte de un ritual familiar mixe, la celebración por los veinte primeros días de vida del miembro más joven. Esta sección, titulada “Lo que podemos hacer los unos por los otros” citando a Claudia Rankine, aparece en traducción al mixe al final del tomo y aporta una reflexión final acerca de la identidad, la comunalidad y los cada vez más borrosos límites de conceptos como país y origen. Se trata, sin duda, de la parte más entrañable del libro, y constituye un cierre elocuente para la reflexión en torno a la autoría, la escritura, el papel del escritor en la comunidad y en la historia que, en torno a Juan Rulfo, pero en su propia clave estética, ofrece Cristina Rivera Garza quien, al mostrarnos su visión personal de este autor, nos devuelve a la propia, la de cada quien, y renueva una de las obras más conocidas y mejor leídas de la literatura en español al celebrar su vigencia. ■■■